

www.elboomeran.com

Seix Barral Biblioteca Formentor



Erri De Luca

Historia de Irene





Seix Barral Biblioteca Formentor

Erri De Luca

Historia de Irene

Traducción del italiano por
Carlos Gumpert

Título original: *Storia di Irene*

© Erri De Luca, 2013

Publicado por primera vez por Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán

Publicado con el acuerdo de Susanna Zevi Agenzia Letteraria, Milán

© por la traducción, Carlos Gumpert, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-322-2963-3

Depósito legal: B. 20.581-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

- 7 Historia de Irene
95 El cielo en un establo
119 Algo de lo más estúpido
137 *Mi deuda griega*

Irene tiene los ojos redondos de los peces, de los pájaros, de los mamíferos. Ni siquiera en la sonrisa hay un amago de frunce oblicuo.

Es huérfana, tiene catorce años y pronto parirá.

Vive en una habitación que era establo para el asno y ahora es para ella.

El propietario se ha marchado a Australia. La casa está alquilada por una pareja holandesa durante todo el año; el establo es para Irene.

Hay una cama de piedra y un colchón de hojas secas de arbustos. Crecen pocos árboles, bajos a causa del viento que los dobla.

Están anclados al suelo con raíces que se re-
tuercen entre las piedras. Al arrancarlos, exhi-
ben al aire la derrota de su agarre.

Del mismo modo, también de las islas grie-
gas vuelven a marcharse a la emigración. Los
hombres son semejantes a los árboles.

Habían regresado a casa desde oficios lejanos,
ahora vuelven a donde encontraron mejor fortuna.

De jóvenes trabajaron a bordo de buques
mercantes, desembarcaron en Australia de no-
che, abandonando su turno.

Fueron acosados, emplearon toda clase de
recursos, desde la humildad al cuchillo. Alguno
de ellos me lo cuenta.

Tenemos la misma edad, la misma dosis de
suerte que nos consiente un sorbo de vino en la
terrazza de una isla griega.

Volver ahora a la emigración es un salto en
la oscuridad, menos profundo, más amargo
en cambio.

Ser expulsado dos veces duele hasta los huesos.
El Mediterráneo es para nosotros un portero hostil.

Para aquellos que lo cruzaron amontonados y de pie sobre embarcaciones de fortuna, el Mediterráneo es un portero acogedor.

Mar adentro, en verano, se cruzan balsas y veleros, los más opuestos destinos.

La gracia elegante, indiferente, de una vela hinchada y escasos pasajeros a bordo roza la chalupa de los embutidos.

No responde al saludo ni a la ayuda. La proa afilada abre las olas en rizos de mantequilla.

Desde la barcaza lo ven desfilar sin ser capaces de explicarse por qué, inclinado hacia un lado, no vuelca, no se hunde, como les ocurre a ellos.

Algunos de ellos sonríen al ver la imagen de la fortuna. Algunos esperan encontrar un lugar en un mundo así.

Algunos de ellos desesperan de un mundo así.

Irene va a nadar de noche, incluso en invierno. Ni siquiera la borrasca la retiene en tierra. No

emplea el fuego, se come crudo incluso el pescado.

En los costados de la isla hay colmenas silvestres. Irene espanta a las abejas con un mejunje de estiércol de cabra y pulpa de moluscos marinos.

Si alguna le deja su rostro en la piel, se la restriega con sal de roca recogida de pozas secas.

Irene conoce las respuestas a cosas que no hacen preguntas.

Para la aldea de la isla su presencia es de soslayo. Le prestan la misma atención que a una sombra en la pared.

La sombra de Irene es un lastre, la arrastra tras de sí, por el suelo y sobre los muros. En el mar, no: se la quita de encima en cuanto se desliza en las olas.

Desde que está embarazada ya no la saluda nadie. Está en el último mes, pero no se han dado cuenta hasta hace poco.

Tiene un vientre más alargado que protuberante.

En una isla es una desdicha que te retiren el saludo. No hay arreglo, o viajas o mueres.

Es poca superficie, un día de camino de un extremo al otro. Tiene conejos silvestres y el águila con plumas blancas en la punta de las alas.

En el mar vive alguna postrera foca, maldici-
da por los pescadores. Hace desgarrones en
las redes con el hocico y los ensancha con las
aletas. Se va un día amargo en repararla.

Esta pequeña tierra es uno de los bordes di-
lacerados de Europa.

La primera vez que desembarqué, pregunté
el nombre de la isla a Oriente.

Me contestó el maestro de primaria:

—Ésta es la más grande que tenemos. Se lla-
ma Asia y llega hasta Vladivostok.

Aquí no usan el nombre de Turquía para la
tierra de enfrente. Dicen Asia Menor, un nom-
bre de la geografía, no de la historia.

Nadie sabe quién montó sobre Irene. No creen
que fuera un forastero.

Estamos a finales de septiembre y ella tiene
un vientre que no tardará en vaciarse: fue al-
guien en enero.

En enero son muy raros los marineros de vela que desembarcan en la isla. Permanecen quietos en el puerto, más amarrados que sus barcos.

Irene no dice quién estuvo con ella. Ha decidido contármelo a mí.

Ve que nado aguas adentro, a espalda, con los brazos que van derechos a ciegas.

Le gusta que venga de fuera. De Nápoles, *nea polis*, le digo, nombre de escasa fantasía, inventado por los griegos, bajo un volcán que descarga en el mar.

Ahora ya no es *nea*, «nueva», pero se renueva con las invasiones y los terremotos.

El sol surge por detrás del volcán y se pone en campos que humean azufre.

A Irene le interesan las historias.

Cuando la fundaron se parecía a ti, le digo, estaba más dentro del mar que en tierra firme.

Su primera deidad, Parténope, era una muchacha de las olas.

Me pregunta hasta dónde llego nadando. A ninguna parte, cuento las brazadas, quinientas, después vuelvo hacia atrás.

Atrás es el lugar de donde parto y provengo. Irene sonrío, abre los dientes, muerde el aire, lo engulle a pequeños sorbos.

Sus ojos siguen siendo redondos y lejanos.

Confía en mi edad, blanqueada en las sienes y en la barba que dejo crecer.

Sabe que carezco de mujer y de hijos. Le digo que escribo historias y las vendo en el mercado.

Abro la maleta de viajante y me pongo a vocear mis simpáticos títulos que nadie recuerda y que llaman la atención durante medio minuto.

Nuestra especie humana necesita historias para acompañar el tiempo y retenerlo un poco.

Así que yo recopilo historias, no las invento. Voy detrás de la vida, a espigar, si se trata de un campo; a racimar, si se trata de un viñedo. Las historias son un resto que ha dejado el paisaje. No son aire, sino sal, lo que queda después del sudor.

Irene escucha y el viento azota sus cabellos tupidos, rapados en la nuca por un corte de podaderas.

Algunas algas secas se le quedan enredadas, como les ocurre a las hembras de los erizos de mar.

Ha ido a la escuela, aprendió a leer pero no a escribir, por falta de cuaderno y de pluma. Sabe los números pero no los usa; le basta uno, dos, muchos.

Nos reunimos en la playa de Flores, el codo de una ensenada donde el mar se introduce para descansar del empuje del viento.

La isla está deshilachada, con refugios arrojados al azar por erupciones que se deslizaron hasta el mar.

Escalo descalzo un acantilado con agarres de cuarzo. Ascendo lentamente por una cristalería de prismas.

Mi espina dorsal alude a las torsiones del reptil. Ella me ha visto encaramarme.

Irene respira profundamente, el aire entra y le levanta el tronco, no sólo el torso. Cuando hace acopio de aire, se convierte en una vela.

Luego dice que no parezco una figura humana cuando me muevo por encima del acantilado.

Aguardo a saber cuál es, después le pregunto. A un escorpión, te pareces, pero sin cola.

Es verdad, la he perdido. Pero cuando el tiempo empeora, siento dolor en el fondo de la espina dorsal, en las vértebras que ya no existen.

Por la noche duermo boca abajo para evitar el riesgo de picarme en sueños.

Lo digo en broma, pero enseguida me doy cuenta de que es la verdad. Basta decir una cosa para que luego suceda.

Un escritor se transformó en escarabajo, otro en una marioneta de madera.

A mí me ocurre que, algunas veces, soy el caballo de don Quijote.

He sido espoleado por alguna buena causa que me saltó a la grupa y me mandó a deambular por ahí.

Cuanto mejores son las causas, más escasas son las fuerzas de quienes deben servir las.

Escorpión es la primera vez. Irene sabe extraer su veneno, se lo pone sobre las uñas, así resisten mejor las horas en el mar.

Yo se las miro y tienen una costra de nácar.

Irene me pregunta si recopiló también las historias que aún no son restos. Ella lleva una en el vientre.

Si quieres que la escuche, la escucho. No puedo seguirla en el mar, me pierdo, pero en tierra soy capaz.

Irene sabe nadar a una velocidad que nunca he visto antes. El mar por debajo de ella es una goma elástica, sus patadas con las piernas unidas son un golpe de aletas.

Salta sobre las olas con zambullidas de cetáceo. ¿Te ha visto alguien ir a nadar? Nadie, ella baja por la noche.

A mí me permite observarla porque tiene que ver con lo que quiere decirme.

Se tumba en la playa, no coloca las manos en la nuca y deja que se le arene el pelo. Tumbada, el vientre se le convierte en una quilla.

Golpea con la palma de la mano sobre la tensa piel del tambor. Está aquí dentro, la historia.

No es que lo diga, sino que el gesto se convierte en una frase que oigo.

Está aquí dentro, la historia: recibo la frase en la nuca, luego baja siguiendo las vértebras.

Hay un punto en mi cuerpo donde los sentidos convergen. Entonces, un ruido se convierte en un olor, un roce coincide con un gusto en la boca.

Los sentidos tienen una estación central donde se clasifican. Allí es donde Irene me alcanza.

Ella está tumbada, yo estoy sentado más adelante, con los brazos en las rodillas.

Ha vuelto de las brazadas nocturnas, yo aún tengo que bajar al mar.

Cómo saltas las olas, y con el peso que llevas en el regazo.

La vida que tengo dentro de mí es lo que me impulsa a saltar. En tierra me pesa, en el mar me hace tomar carrerilla.

Ningún cuerpo humano sabe correr sobre las olas, tú eres la única en el mundo.

¿El mundo? Ella mira el cielo despejado y dice: ¿ése?

El mundo no es para ella Asia, que tiene enfrente, Europa, a sus espaldas, con el resto de los océanos y las tierras.

Es lo que rodea la noche, el mar de puntitos iluminados desde el horizonte hacia arriba.

La piel de Irene está tupida de vello amarillento, una capa de flores de retama. Su olor es salobre, a barco de pesca.

Su nariz se frunce para oler mejor y a su alrededor se arrugan sus pecas de ciruela.

Los ojos de Irene no enfocan. Estoy en su campo visual y me atraviesa.

No es que me excluya, sino que sus ojos omiten fijarse en un punto.

Quién era su gente. No lo sabe, la recogieron en la playa después de una tormenta.